

LAS BUENDIÓLDORAS DEL MES

Por Manuel Buendía

¡Enamorarse!



Fabián había tenido tres parejas formales, como decía su madre y una docena de conquistas más o menos, como decía él. Ya no recordaba ni siquiera el nombre de algunas de ellas.

Pero esta vez era diferente, se había enamorado. Lo comprendió cuando vio a un trapecista trabajar sin red.

¡Eso era! Había reconocido por primera vez el riesgo, el miedo de estar fuera de su control.

Siempre ha sido sincero consigo mismo. Esta chica, Andrea, no sólo le gustaba sino que había conseguido sacarle de quicio ¡La primera vez que se enamora y la primera vez que no se encuentra bien!

Con las otras se veía poderoso y “*con el guapo subido*”. Ahora no. Cuando seducía sin compromiso se divertía ¡Esto sin embargo es un agobio, y no le gustaba nada estar incómodo!

-¿Sabes?- le dijo a su jefe que no entendía nada- ¡acepto ese puesto de la sucursal de Altea porque necesito comprarme una red!

¡Necesitamos un Plan!

Andrés le había propuesto a Susana recurrir a un **Coach de Masculinidades** para *poner la carne en el asador*, como suele decirse. Discutían últimamente mucho cuando cocinaban juntos o por lo guarro que él tenía el salón cuando ella trabajaba, le decía. Así que se comprometieron a tener un **Plan de Conciliación**.



A Andrés le gustaba mucho cocinar, además de otras tareas de casa. Susana estaba embarazada. Andrés iba a ser padre. Susana iba a ser madre. Susana y Andrés, ambos, se enfrentaban a “una situación embarazosa”.

Tuvieron deberes. Debían escribir en una lista como trabajo personal, lo más larga posible, todas las tareas que se les ocurriera. Las que hacían ellos habitualmente, o las que habían visto hacer en sus

casas de origen.

Tenían que adivinar todo lo necesario que necesitarían hacer cuando Laura o Daniel, su hija o hijo, naciera. No sabían aún quién de los dos vendría a este mundo. Sólo sabían que era uno.

Pusieron la lista en común. El “entrenador imparcial” miró a Andrés y le levantó las cejas sin decirle nada. Andrés tuvo un sudor frío por la espalda. La sonrisa arrogante del principio se esfumó. Ambos se habían dado cuenta ¡Vaya lección!

¡La lista de Susana era dos veces y media más larga!

El tercer tiempo.

Llevaban más de una hora tomando cerveza, conversando y riendo. Eran una cuadrilla de pádel que jugaban casi todas las semanas desde hace cinco años. Le llamaban “tercer tiempo” al rato de bar después del partido.

En un tono distendido, Javier criticó el comportamiento de un compañero de oficina en un pequeño lío que hubo la semana pasada. Lo zanjó diciendo:



¡Ese tío es idiota, tiene la sensibilidad en el culo!

El tema no importa ahora. Bernat lo vio muy claramente. Observó el rostro de decepción de Xavi, y se dio cuenta de que no le había gustado el comentario. Xavi es

homosexual.

-Suponemos que es una frase hecha sin mala intención pero, ¿qué hay de malo tener la sensibilidad en el culo?- le dijo con mucho cuidado Bernat.

Era una manera muy fina de recordarse en grupo una norma explícita desde que su amigo *había salido del armario*. Hace un par de años, cuando Xavi se confió a sus amigos, decidieron no tener comentarios, ni gestos o expresiones homófobas, de la misma manera que también procuraban no tenerlas machistas o misóginas.

Eran cuatro hombres sensibles que jugaban al pádel. Seguramente tenían sensibilidad en todas las partes de su cuerpo incluida el ano, lo supieran o no. Aunque era una frase hecha, tampoco estaban hablando de eso.

- Lo siento Xavi, no me di cuenta, no te quería ofender- dijo Javier.

Xavi sonrió. Está muy orgulloso de sus amigos. El tercer tiempo es el mejor de toda la semana.